

El caleidoscopio de la sexualidad: Crónica de una práctica anunciada

The kaleidoscope of human sexuality: Freudian prophesy

Pilar Errázuriz Vidal¹

Resumen: El presente artículo sostiene que la Teoría Psicoanalítica fundacional de Freud dio cuenta de la existencia de la diversidad sexual, no en tanto comportamientos sexuales particulares fuera de la 'normativa social', sino de una versatilidad del deseo y de la pulsión sexual que remite a una complejidad múltiple del sujeto en busca de la satisfacción, por otra parte, nunca posible en cuanto su definición es la soledad y la incompletud. La construcción de la sexualidad normativizada, la patologización y el higienismo que se impone desde un poder patriarcal, con el declinar de este sistema, está permitiendo la emergencia de prácticas visibilizadas de dicha complejidad. Si la clínica psicoanalítica actual no se pone al día en sus concepciones, precisamente recurriendo a los conceptos originales, es, porque en algún lugar, ha hecho alianza con los propósitos de las Instituciones de ordenar a los sujetos en rieles bien conformados para el mantenimiento del orden burgués, capitalista y patriarcal. Las nuevas demandas de 'familias en desorden' (Roudinesco, 2003) y de los GLBTTTIQ² Cuestionan al psicoanálisis en sus propósitos sobre la sexualidad para que este acoja en sus divanes las diversidades del deseo sin recurrir a categorías patológicas o moralizantes.

Palabras claves: Psicoanálisis, diversidad sexual, género, patriarcado

Abstract: This text tries to show how in the Freud's Theory appears the sexual diversity as a complex construction. Freud have put distance from the Sexology of his time,

1 Artículo inédito. Pilar Errázuriz Vidal, Psicóloga Psicoanalista, Doctora en Estudios de Género Universidad de Valladolid; Magister en Psicología Universidad de la Sorbonne, Paris; Licenciada en Psicología, Universidad de la Sorbonne, Profesión Psicóloga, Universidad de Chile, Directora del Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.

2 Personas: Gay, Lesbianas, Bisexuales, Trasvesti, Transgénero, Transexuales, Intersexuales, Queer.

and did not judge the behaviour of different sexualities out of the cultural rules. Now a day the new conception of families and gay couples, transexualism, transgender and all GLBTQQ need to be thought not as pathology, but as a change in the sex and gender system. The discipline which could study the actual changes in society, we consider that is the Psychoanalysis Theory. The original freudian conception of sexuality is quite adequate to explain what is now the evolution of sexual diversity.

Key words: Psychoanalysis, gender, sexual diversity, patriarchal society.

Hace más de un siglo que la Teoría Psicoanalítica construida por Sigmund Freud y sus discípulos y, más tarde retomada por la perspectiva francesa de Jacques Lacan, apuntó a la existencia de una sexualidad humana compleja. El ‘pansexualismo’ del que fue acusado el Maestro por los científicos de la época abrió la posibilidad de analizar los comportamientos más diversos, de visibilizar un abanico pulsional gracias al cual un sujeto aborda el o los objetos de deseo desde las formas más barrocas. En ese momento histórico destacaba el discurso sobre las ‘aberraciones’ y la aplicación del higienismo como forma de control sobre los sujetos, tanto en Europa como en las nacientes repúblicas americanas. La sexología decimonónica o “ciencia de lo sexual” se había construido a partir de trabajos y reflexiones psiquiátricas con Von Kraft Ebing, Moll y Havelock Ellis, entre otros, principalmente con la reflexión sobre la obra del primer mencionado, *Psicopatía Sexualis*. Sin duda Freud tuvo la influencia de esta nueva ciencia, pero se distinguió de ella por abordajes diferentes: el más notable fue considerar la sexualidad como proveniente de una *energía psíquica*, una sexualidad ampliada, que abandonaba el higienismo de la época y se separaba de un estudio acerca de comportamientos, conductas, y de los conceptos de ‘herencia-degeneración’, transformando “el significado de la oposición entre la norma y la patología” (Roudinesco y Plon, 2000, p. 989, p.990).

Todo el desarrollo de la teoría inaugural del Psicoanálisis se separó de la criminología y, procuró explicarse prácticas sexuales que iban más allá de la heterosexualidad obligatoria recomendada por las Instituciones dominantes, o sea el Estado y la Iglesia. Como lo señala el psicoanalista francés Michel Tort “todo lo que atañe a la sexualidad y a la filiación en Occidente ha quedado sometido a las exigencias de las Iglesias y de las religiones. Estas exigencias, evidentemente, han sido traducidas jurídicamente de manera variable en el transcurso de la historia, según el grado de separación entre Iglesia y Estado y según las fluctuaciones de las relaciones de las fuerzas políticas” (Tort, 2008, p. 70). Desde hace milenios, la globalización del sistema sexo-género patriarcal, el afán represor y pedagógico de la multiplicidad de fantasías posibles de la sexualidad humana, ha reducido la diversidad a una sola práctica normativizada y permitida, en función de promover la reproducción:

el coito heterosexual. Freud abre una caja de Pandora, desprovista, en principio, de juicio moral, de lo que da cuenta la carta que escribe a la madre de un homosexual en 1935, cuando expresa que el objetivo terapéutico del psicoanálisis es aliviar el dolor psíquico que le causa esta condición en su vida social, y no “curarlo” de lo que se calificaba como una ‘desviación’ patológica. (Freud, 1935).

La Teoría fundante, interesada en mostrar que el psiquismo y la sexualidad ampliada más allá de la tarea reproductiva y de la genitalidad, son especificidades de lo humano, se alejó del concepto de ‘instinto’ (dejado para referirse a los animales) y acuñó aquel de ‘pulsión’, la que entrelaza el soma y la psique, y es definida como carga energética que es fuente de la actividad motora de los individuos y del funcionamiento inconsciente (Roudinesco y Plon, 2000). Largo fue el proceso de la reflexión freudiana acerca de la pulsión sexual que se entrelazó con el concepto de ‘libido’ (‘deseo’ en latín) que es la energía psíquica que la mueve. Asimismo, afirmó Freud que no hay objeto determinado *a priori* para la pulsión, sino que ésta puede dirigirse a cualquier objeto que en ese momento se represente como señuelo. Lacan complementará esta definición con la existencia de un objeto “a” (*Petit a*) que constituirá ese fantasma que (supuestamente) colmaría el vacío de al que está sometido el sujeto de deseo y que es abstracto y no representable. De manera que, así, muy esquemáticamente, podemos constatar cómo el psicoanálisis con la afirmación de que el destino de la pulsión sexual no está predeterminado y que el deseo puede tener muchas direcciones posibles, sitúa la sexualidad heterogénea en el núcleo de la subjetividad. Consideramos por ello que la teoría psicoanalítica es la disciplina indicada para acoger el análisis de la sexualidad diversa y un lugar para su escucha.

El avance epistemológico con el que la teoría psicoanalítica contribuyó al estudio acerca de la construcción de las subjetividades y su particular sexualidad, comienza de manera incisiva con el escrito de Freud de 1905 y sus agregados en 1910 y 1915 “Tres ensayos para una teoría sexual”. Con ironía se refiere a la heterosexualidad obligatoria escribiendo que “a la teoría popular del instinto sexual corresponde la poética fábula de la división del ser humano en dos mitades –hombre y mujer- que tienden a reunirse en el amor. Causa, pues, una gran extrañeza oír que existen hombres y mujeres cuyo objeto sexual no es una persona de sexo contrario, sino otra del mismo sexo” (Freud, 1905/1981, p.1172). Más adelante nos enseña que “el empleo arbitrario del término ‘degeneración’ suscita en este caso, como en todos,³ múltiples objeciones” (Ibidem. p.1174). Se refiere en su artículo al hermafroditismo psíquico de los seres humanos, y declara taxativamente que “la investigación psicoanalítica rechaza terminantemente la tentativa de separar a los homosexuales del resto de los humanos como un grupo diferentemente constituido” (Ibidem. p.1178). Previamente, nos señala que las personas homosexuales no presentan graves anormalidades, no se hallan perturbadas en su capacidad funcional, sin contar, agrega, que

la historia ha dado cuenta de culturas en que esta diversidad era parte de la construcción cultural e intelectual de la comunidad.

Además, como constatamos a menudo en la teoría freudiana, la anatomía siempre aparece más o menos presente en el estudio de la diferencia sexual: “cierto grado de hermafroditismo anatómico” (Ibidem. p.1176) en la constitución de todo ser humano, y plantea la “hipótesis de una disposición bisexual originaria, que en el curso de la evolución se ha ido orientando hacia una monosexualidad, (...) conservando algunos restos atrofiados del sexo contrario”. Lo que Freud no previó es que unos años más tarde, la anatomía no constituiría un destino y que los humanos, movidos por su hermafroditismo psíquico, podían permitirse la intervención en los cuerpos para cambiar de sexo. A partir de la década de los años treinta, comienzan tratamientos médicos de intervención en los cuerpos, ya fuera con hormonas o con cirugía, como en la actualidad. El primero que se conoce es de 1931, en Alemania, luego en 1947, 1950 y 1952 se pusieron en práctica creación de neovaginas en varones transexuados. Emblemático fue el caso de Christine Jorgensen en Dinamarca, a partir de cuando (1951-54) se adoptaron las técnicas de transexualismo, separándose de los conceptos peyorativos de la sexología y se publicaron diversos artículos sobre el tema (Giberti, 2003).

Sin embargo y como respuesta a la revolución sexual de los jóvenes a fines de la década de los sesenta, la psiquiatría a nivel internacional reaccionó con una clasificación de las ‘desviaciones’ sexuales, entre las que se incluían las parafilias a mismo título que la homosexualidad, la bisexualidad y la masturbación, y por supuesto, el travestismo y las prácticas ‘trans’. Las prácticas S&M (sado-masoquista) fueron clasificadas como desviaciones mayores junto con la pedofilia y la violación. (Di Segni, 2013). Paradójicamente fue Robert Stoller, profesor de psiquiatría en la Universidad de Los Ángeles California, quien trabajó largo tiempo con transexuales, quien, en 1963, acuñó el concepto de ‘núcleo de género’⁴ en los sujetos, definiéndolo como *el sentimiento íntimo de feminidad o masculinidad* y se convirtió en el psicoanalista más influyente en cuestiones de diversidad sexual y transexualismo (Burin, y Meler, 2009). El afán de Stoller de despatologizar la diversidad sexual y de mostrar cómo la homosexualidad es un tipo de estilo sexual comparable a la heterosexualidad, lo llevó a realizar estudios etnográficos a lo largo de su carrera, siendo su última investigación un estudio acerca de prácticas S&M consentidas, en la cual hace un especial hincapié en las motivaciones profundas de los sujetos que las realizan, asegurando que no son enfermos, ni psicóticos, ni criminales (Stoller, 1998).

A pesar de que Freud abriera un panorama amplio para analizar la sexualidad y que luego Lacan lo complementara con su teoría sobre el deseo, los psicoanalistas ortodoxos se muestran, hasta hoy, reacios a abandonar las clasificaciones patológicas acerca de la di-

4 El concepto acuñado por Stoller es *core gender identity*, en castellano, *núcleo de la identidad de género*.

versidad sexual y consideran la intervención en los cuerpos un 'pasaje al acto' muy cercano a las personalidades limítrofes, narcisistas o prepsicóticas. Prueba de ello son las *terapias reparativas de conversión*⁵ que han integrado teorías que "patologizan la homosexualidad con creencias religiosas tradicionales que la condenan, para así justificar sus tratamientos" (Di Segni, 2013, p. 291). Por otra parte, la medicina tradicional ha escondido desde siempre los nacimientos de personas intersexuales o hermafroditas, que, de algún modo su reconocimiento (reivindicado en la actualidad) habría contribuido a enriquecer la investigación psicoanalítica acerca de las sexualidades. Es notable que, previo a Stoller, un psico-endocrinólogo norteamericano, Dr. John Money en el año 1955, quien trató decenas de niños nacidos intersexuales o ambiguos, inaugurara la investigación sobre el sistema sexo-género como él denominó a la adscripción de sus pacientes hermafroditas a encarnar una identidad de varón o mujer. Descubrió que estos pacientes que él trataba desde el nacimiento para asignarles un solo sexo, al cabo de unos años se declaraban hombre o mujer, independientemente de la genética que portaban, de las gónadas y de la anatomía. Comprobó, entonces, que el 'género' (independiente del sexo) al cual pertenecían estos sujetos, había sido prescrito por su entorno inmediato (la familia) según motivaciones e identificaciones conscientes, inconscientes y, muchas veces, funcionales (Burin, y Meler, 2009). De hecho, podríamos avanzar la hipótesis de que el transexualismo contemporáneo no es más que la otra cara del intersexualismo siempre posible en el ser humano, se exprese o no por la anatomía.

Estudios de género llevados a cabo por antropólogos y arqueólogos coinciden en que los géneros y sexos no siempre fueron solo dos, o no estaban marcados por un binarismo absoluto como lo pretende la perspectiva occidental. Además de figuras hermafroditas que aparecen en las excavaciones de pueblos arcaicos, así como cierto 'tercer sexo' o 'tercer género' que siguen teniendo lugar en algunas tribus de América y África (Giberti, 2003), los contemporáneos GLBTTTIQ han puesto de manifiesto que las subjetividades son múltiples y caleidoscópicas en cuanto a la asignación de un sexo y de un género. De acuerdo con el DSM III de 1987, dichas prácticas no dan cuenta de 'patologías' sino de 'disforia de género', definiéndose ésta como una "tensión que no se asocia necesariamente a cuadros psicopatológicos, suele considerarse una respuesta normal ante la incongruencia experimentada por la persona, entre el género, identificado como propio, "insertado en el cerebro" y el género asignado de acuerdo con el sexo físico". (Ibidem, p. 51). Por su parte, Stoller se opone a realizar diagnósticos psiquiátricos o psicoanalíticos que definen las prácticas diversas como 'patrones de comportamiento'. El psicoanalista sostiene que la singularidad de los sujetos es múltiple y que no se puede homogeneizar en un síndrome que agrupe a seres humanos por algún rasgo considerado común, siguiendo el planteamiento

freudiano de 1905 mencionado, de no discriminación de los/as homosexuales como grupo humano separado y diferente (Stoller, 1998).

Sin embargo, el psicoanálisis diagnosticó la diversidad como ‘perversión’, que si bien, puede remitir a ‘per-vertir la ley (del padre, de la diferencia sexual), tiene un sesgo peyorativo y no indica más bien, lo que algunos psicoanalistas pensamos como ‘resistencia’ o ‘subversión’ a la heterosexualidad obligatoria, lo que contendría algo más que ribetes eróticos sino también, políticos (Stoller, 1998; Tort, 2008). El término *perversión* deriva del latín *vertere*, de donde derivan *versátil*, *diverso*, *controversia*, término latín cuyo origen se basa en el término indo-europeo, *wert*. que curiosamente en inglés (*weird*) se puede considerar sinónimo de *queer* (Ayto, 1991). De acuerdo con Roudinesco y Plon (2000) la palabra en latín *pervertere*, se traduciría en francés por *retourner* cuyo sentido en castellano sería *darle la vuelta (al revés)*, *retourner à l'envers*. A este respecto, cito a la Psicoanalista Ana Fernández, “lo exaltado contiene lo negado así como a su propia denegación” lo que podría hablar de este *revés* de la sexualidad normada humana en términos de subversión (Fernández, 1994, p.180). Los fundadores de la sexología y de la psiquiatría usaron el término *perversión* para designar así las ‘desviaciones’ de la normativa sexual. En 1896 Freud lo adoptó como concepto psicoanalítico, con el mismo significado, pero sin un aspecto peyorativo y pasó a formar parte de la trilogía diagnóstica: neurosis, perversión, psicosis (Roudinesco y Plon, 2000).

Laplanche y Pontalis definen *perversión* como un “conjunto del comportamiento psicosexual que acompaña a tales atipias en la obtención del placer sexual”. Las atipias se refieren cuando el orgasmo se obtiene por una “desviación con respecto al acto sexual ‘normal’ definido como coito dirigido a obtener el orgasmo por penetración genital con una persona del sexo opuesto”. Frente a esta definición clásica, Laplanche y Pontalis escriben que “en este sentido, (hay que) definir la sexualidad humana como “perversa” en su fondo, en la medida en que nunca se desprende de sus orígenes, que le hacen buscar la satisfacción, no en una actividad específica, sino en la “ganancia de placer” que va unida a funciones o actividades dependientes de otras pulsiones”. Hay que destacar que una de las innovaciones freudianas fue la constatación de la sexualidad infantil, precisamente por poner en juego las pulsiones parciales ligadas a la sexualidad y por eso llamó al niño un *perverso polimorfo*. Si bien el artículo de 1905, “Tres ensayos...” fue categórico en repudiar el concepto de ‘degeneración’ ligado a la diversidad sexual, Freud señala en el mismo, que es “el establecimiento de la organización genital la que instaura la normalidad”. Sin embargo parece que esto no es suficiente cuando ciertas ‘atipias’ también se acompañan con actividad genital. Más bien, a lo largo de la obra, el Maestro va a establecer que las ‘persiones’ serían –según Laplanche y Pontalis- “la manifestación en bruto, no reprimida de la sexualidad infantil” y agregará que se basan en la negación de la castración, esto es, el hecho de no aceptar la regulación de la diferencia sexual y generaciones y de la heterosex-

ualidad normativizante, es decir, la castración tendría una función prohibitiva y normativa (Laplanche, y Pontalis, 1971, p.p.286, 287, 288).

De modo que la teoría psicoanalítica navega entre dos aguas: por una parte se separa del higienismo decimonónico eludiendo la moralización acerca de las prácticas sexuales diversas, e incluso intentando despatologizar la diversidad sexual, y, por otra, no pudiendo separarse de los mandatos del sistema sexo-género, se obliga a clasificar y calificar aquellas inclinaciones que se apartan de la normativa heterosexual y genital haciendo de esta clasificación una nomenclatura diagnóstica. Cuando Freud contrapone la ‘perversión’ a la neurosis y asocia el fetichismo y la homosexualidad con mecanismos de *negación de la realidad* y *escisión* del Yo, deja abierta la posibilidad de asociar ciertas ‘atipias’ con la psicosis. Asimismo, también las mujeres que no se atienen al destino de la *feminidad normal* que significa dejar de ‘envidiar el pene’ a cambio del deseo de hijo (Freud, 1933/1981), sufrirán la censura de las instituciones psicoanalíticas, tales como no poder engrosar sus filas a menos de estar en vías de emparejarse heterosexualmente y concebir un hijo (Alizalde, 2004 p. 33). Por eso, quienes están en la resistencia a los mandatos de género, que se puede llamar hoy *Teoría Queer*, son aquellos colectivos subordinados para los cuales los mandatos de género constituyen una censura y una limitación para el desarrollo de otras facetas de la subjetividad. La post modernidad ha visto la emergencia de nuevos pensamientos filosóficos relacionados con las subjetividades y que no contradice frontalmente los hallazgos psicoanalíticos. Judith Butler es, por excelencia, representante de este pensamiento feminista que ha dado lugar a la *Teoría Queer*. Las diversidades sexuales, en su vertiente discriminada, ingresaron en los estudios de género en un retorno al concepto de Stoller de 1963. Durante años, la teoría de Stoller acerca de un núcleo identitario, sirvió al pensamiento feminista para demostrar que los mandatos de la feminidad, a menudo no eran egosintónicos ni partían de los deseos de las mujeres, tales como la maternidad, la pasividad, la dependencia del varón, entre otras. Hoy, el psicoanálisis que se ocupa de género también ha integrado las egodistonías en cuanto a la construcción de las masculinidades. De modo que los estudios de género se muestran pertinentes para el psicoanálisis ya que esta teoría y principalmente su vertiente clínica, analiza la construcción de las sexualidades y de las subjetividades. Sin embargo es fácil constatar el *status quo* en ciertas “verdades” establecidas por un cuerpo de profesionales ortodoxos y conservadores que no ha permitido otra lectura de los textos clásicos. Como señala Mérida Jiménez (Di Segni, 2013, p. 286) la teoría queer es una cultura “que atenúa las restricciones de los roles de género que durante tanto tiempo han mantenido oprimidas e invisibles a las mujeres y a la comunidad gay. Ser queer significa forzar los parámetros de sexo, sexualidad y familia, y, durante el proceso, transformar el mismo tejido de la sociedad” y añade “la liberación gay está inexorablemente ligada a la liberación de las mujeres”.

Por esto voy a citar dos de las viñetas encontradas en mi investigación doctoral acerca del Psicoanálisis y su incapacidad de lectura de nuevas subjetividades. Aún en el siglo XXI

la escucha de género y de la diversidad está ausente en muchos divanes: diversidad de destinos, diversidad de prácticas, movilidad de los roles tradicionales, deseos otros considerados poco pertinentes para la teoría psicoanalítica. Una viñeta refiere a una paciente 'histérica' (nosología hoy ausente del último DSM) de la psicoanalista Hernández Abad que sostiene que la mujer histérica quiere afirmarse como no castrada, y reporta el siguiente extracto de una sesión: "Luisa [paciente referida en la viñeta clínica] dice "Todo sería tan fácil con abrir las piernas y ya... pero ¿qué voy a encontrar al abrirlas? Un pene" y yo [la psicoanalista] le digo "Pero no uno tuyo". Luisa sigue: "Bueno, un hoyo, un hueco, un vacío". En esta intervención, en primer lugar, llama la atención por la referencia al órgano, tomando a la letra la *envidia de pene*, que el mismo Freud definió como reacción a la 'significación' del órgano, es decir, significación de superioridad del varón sobre la mujer en este sistema sexo-género falocéntrico. La simplificada explicación que da Hernández Abad acerca de Luisa cuando señala que "se entiende, entonces, los movimientos que hace la histérica: que ande a la caza del pene que no tiene para completarse por lo menos en su fantasía, ya que no soporta la idea de no tenerlo, de estar incompleta, de ser mujer; y que al mismo tiempo, huya del pene del hombre para que no le recuerde que ella no lo tiene o que se comporte como si toda ella fuese un pene, o que, huidiza, se las ingenie para deslizarse de entre los brazos del amante" (Hernández, 2005, p. 156-157). No solo este texto tiene sesgos peyorativos frente a los conflictos de la mujeres, pero también remite a propósitos imaginarios y no simbólicos acerca quienes han abandonado las reglas victorianas de sexuación o que éstas las conflictúan. Sin contar con que los múltiples estudios de la histeria femenina (hoy desbancada de la lista de enfermedades mentales por el reciente DSM) dejan ver la dificultad que tienen ciertas mujeres con la feminidad tal como está construida en el sistema falocéntrico, nos preguntamos qué efectos tiene este tipo de intervención tan literal en una paciente que ha recurrido por un dolor psíquico, por una incomodidad con su subjetividad o simplemente por la no aceptación de su lugar subordinado. Es a esto lo que se refiere Tort cuando dice que no es la castración un objetivo del análisis (Tort, en Rosenberg, 1996, p.p. 284-285). "Nos preguntamos en qué medida la paciente –por amor de transferencia y por deseo de situarse como buena paciente respondiendo al deseo de la terapeuta– le confirma verbalmente la alusión a la castración *real* (y no simbólica) cuando se refiere al "hoyo, hueco, vacío". Esta última posibilidad nos deja pensativas en cuánto a una transmisión involuntaria en los divanes de las tesis masculinistas de las teorías que examinamos en capítulos anteriores". (Errázuriz, 2012, p. 433)

Asimismo, la ideología normativizante de la sexualidad 'otra', se deja ver también en muchos divanes, tal como lo muestra la psicoanalista Marian Alizalde acerca de un supervisando suyo. Escribe: "Esta corta secuencia de una sesión muestra cómo la incidencia de ideas psicoanalíticas *a priori*, basadas en una cierta ideología teórica, es fuente de error interpretativo. El analista, carente de toda escucha de género, se sirvió de las ideas freudianas de genitalidad y de orgasmo vaginal para pensar a su paciente. La teoría y la estructura singular del analista

se unieron y dieron el siguiente resultado:

Paciente mujer: *Tuve con mi novio una relación anal y quedé muy contenta.*

Analista varón: *Usted se está prohibiendo, debido al conflicto que trabajamos el otro día, su orgasmo vaginal.*

Paciente (exclamando): *¡No es cierto! Tuve un orgasmo muy fuerte, muy fuerte. ¡Yo puedo tener orgasmos así también!*

El analista, añade Alizalde, en el marco de la supervisión, confiesa haber sentido una fuerte envidia ante esta pluralidad de goces femeninos. (...) Su interpretación se centró en las directivas freudianas respecto del pasaje del clítoris a la vagina y del orgasmo vaginal como representante de la genitalidad [adulta] de la mujer y su correcto acceso a la feminidad” (Alizalde, 2004, p. 32).

Ambos ejemplos son solo una muestra de la pertenencia a una doctrina, más que a una teoría que se pretende científica y que, como tal, debería suscribir a un constante ir y venir entre teoría y praxis, así como entre una escucha de la realidad subjetiva de los pacientes y resquicios teóricos que permitan reconocerla. En ambas viñetas la sexualidad de las mujeres es de algún modo censurada entre líneas. Me pregunto, entonces, cuántas y cuántos pacientes ‘diversos’, divergentes, subversivos no han encontrado la censura y la interpretación que en lugar de abrir a nuevas asociaciones obtura por el mandato supuestamente transgredido. Hasta hoy, el psicoanálisis ortodoxo ha considerado el transexualismo como un ‘pasaje al acto’ rayando en manifestaciones pre-psicóticas. También las llamadas parafilias suelen clasificarse en un terreno deslizante entre perversión y psicosis. Sin embargo, el estudio etnográfico y psicoanalítico de Stoller acerca de los sujetos que practican juegos S&M consentidos (que podrían constituir también un derivado psicótico), asegura tajantemente que “dentro de la muestra altamente selectiva representada por mis informantes, ninguno de éstos es psicótico, prépsicótico o psicótico latente según los estandartes aceptados por los clínicos, por ejemplo la presencia de alucinaciones, delirios, comportamientos inexplicables (...)” (Stoller, 1998, p. 33). Si bien Stoller, precedentemente, habría explicado el transexualismo (y homosexualismo) en hombres, como un apego simbiótico a la madre ignorando el ‘corte’ paterno en el Edipo (lo que podría interpretarse como una pre-psicosis), mas adelante, ilustra lo que sostuviera Freud en 1905 acerca de los sujetos homosexuales acerca de sus capacidades funcionales no alteradas y en algunos casos hasta excepcionalmente bien adaptadas, cuando nos informa que “la mayoría de mis informantes tienen empleos estables; la mayoría son graduados universitarios o de mayor nivel (...). Como cualquier otra persona, son neuróticos”.

Tres grandes voces definitorias de las sexualidades se alzan hasta hoy en el mundo

global *psi*: los DSM⁶, el Manual ICD⁷ de la OMS, y los criterios de la IPA⁸, como figura en estudios contemporáneos⁹. Todas estas instituciones han eliminado la homosexualidad de las parafilias, considerándola como una ‘elección narcisista’. Sin embargo las contradicciones constantes y discurso tradicional implícito en estas voces que se pretenden con el supuesto saber de definir algo tan complejo como la sexualidad humana, se presta para que los y las terapeutas (psicólogos clínicos, psicoanalistas, psiquiatras) se cuelguen de cualquiera de los puntos de vista descalificativos según le convenga a la subjetividad propia de ese profesional de la salud mental. ¿Qué rol juega para estos últimos la ética al llevar a cabo los diagnósticos? ¿Cual ética es la que se pone en juego? ¿Acaso la moral hegemónica de la heterosexualidad normativa con objeto de reproducir la especie? ¿Acaso la ética de la no discriminación de los libertarios? ¿Acaso la ética existencialista de *mi libertad termina donde empieza la libertad del otro*? Por lo tanto, ¿se condenan los comportamientos sexuales sin consentimiento del otro, tales como violaciones, pedofilia, tortura, femicidios, distinguiéndolos de las prácticas consensuadas entre *partenaires* como aquellas S&M estudiadas por Stoller?

De modo que los psicoanalistas tendríamos al menos tres vertientes que considerar: patología *versus* normalidad; subversión *vs.* normatividad; despenalización de practicas consentidas *vs.* penalización de la crueldad en todas sus manifestaciones sin consentimiento del otro. Antes de llegar a plantearnos esta cuestión que reúne el análisis psíquico con la jurisprudencia y la medicina, quisiera asegurar con Jacques Derrida que si existe una disciplina que puede manejarse con este estado de cosas, esta es el Psicoanálisis. No solo en lo que atañe a la sexualidad sino a ésta entretrejida con el uso/abuso de poder, tal como lo hiciera Freud en Tótem y Tabú frente a la reorganización del patriarcado de los ‘hermanos’ después del asesinato del Padre, alegoría acerca del cambio en Europa: establecimiento democracia luego del derrocamiento del patriarcalismo de origen divino (Tort, 2008). Precisamente hoy, cuando el psicoanálisis y su práctica clínica se ven ensombrecidos por la duda, el escepticismo y los múltiples nuevos intentos terapéuticos que abarcan dimensiones que van desde lo corporal a lo espiritual, se hace necesario considerarlo como parte de la Ontología. En un momento en el cual, en términos globales, se hace presente una violencia masculina generalizada (violencia de Estado, terrorismo, guerra, genocidios, femicidios, violencia de pareja, pedofilia, tortura, pena de muerte) *versus* las nuevas mascu-

6 Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales, de la Asociación Estadounidense de Psiquiatría.

7 Clasificación Internacional de Enfermedades bajo la responsabilidad de la Organización Mundial de la Salud creada en 1948.

8 Asociación Internacional Psicoanalítica

9 Remitimos al riguroso y exhaustivo estudio sobre el estado de la cuestión de la psiquiatra argentina Silvia Di Segni (ver bibliografía).

linidades que abogan por destronar el sistema hegemónico de los mandatos de la virilidad, cabe al psicoanálisis contemporáneo tratar este tema desde su Teoría. Tal como lo hiciera Freud en varios de sus artículos “Porvenir de una ilusión”, “Malestar de la Cultura”, “¿Por qué la guerra?” cabe analizar en una macro-visión la virilidad guerrera que aún perdura *vs* las construcciones singulares de masculinidades contemporáneas en clave otra que aquella del mito del héroe o del uso/abuso de los deseos de poder. (Derrida, 2001 p.65).

Hoy es fácil relacionar el hiper-desarrollo de las tecnologías con un posicionamiento diferente del sujeto frente al sistema sexo-género y a la ley del Padre: a las sofisticadas tecnologías letales y de tortura, se contrapone una tecnología vitalista de la reproducción de seres humanos de modos cada vez más independientes del coito heterosexual clasificado como lo ‘normal’. Las comunicaciones por la ‘red’ proveen medios de travestir las subjetividades performando otras identidades en intercambios perfectamente legítimos de amistad o de sexo. La ciencia médica se hace cargo de los deseos de cambiar la anatomía incluso para cambiar el sexo. Abundan los experimentos genéticos para intervenir en todo lo existente de origen orgánico. Los colectivos militantes de la diversidad sexual irrumpen en la escena social y política en las últimas décadas del siglo XX y hoy ponen en cuestión la jurisdicción del sistema patriarcal y de la heterosexualidad obligatoria en la formación de las familias y logran a nivel de Estado nuevas legislaciones diferentes a las milenarias de parentesco y linaje. Es decir, no estamos ya a nivel de la fantasía, ni del imaginario, ni del orden simbólico sino de lo real. Lo real y lo material que desde los hechos (¿‘pasaje al acto’ dirían ciertos psicoanalistas?) fuerzan los cambios en el orden simbólico y en el imaginario social: el orden instalado por la ley del Padre se tambalea.

Consideramos que la Teoría Psicoanalítica proveyó de herramientas de análisis suficientes para explicarnos hoy mismo el proceso de los colectivos humanos. Las pulsiones, de vida, de muerte, de conservación, pulsión escópica, de dominio, de poder, epistemofílica, pulsiones sexuales parciales configuran una cartografía a partir de la cual se puede desarrollar una lectura del devenir humano. La multiplicidad de posibilidades que tienen los sujetos de llevar a cabo estos empujes pulsionales, parece infinita. Michel Tort se pregunta qué sucedería si la ley del Padre no solo fuera declinando sino desapareciera totalmente, ¿qué normativas habría? ¿Sería el caos? Con respecto a la sexualidad, desde el siglo XIX frente, precisamente a la declinación del patriarcalismo y a la sustitución por ‘el Padre’ (Tort, 2008) la sexología, psiquiatría, medicina, jurisprudencia, y también el psicoanálisis, han intentado que la sexualidad no se saliera del cauce de la reproducción fruto de una unión heterosexual y bajo la filiación de un varón *pater familias*. Funcional absolutamente a la ideología burguesa, capitalista y patriarcal. Pero ‘las sexualidades’ se subvirtieron, los sujetos con sus múltiples facetas tanto en la fantasía, como en el pensamiento como en las prácticas, ‘per-virtieron’ el orden, es decir, lo volvieron del revés. Mientras las grandes matanzas, torturas, guerras, violencia de Estado, fueron, de algún modo justificadas por

las clases hegemónicas (léase la enorme población nazi en Europa del genocidio judío, las clases dominantes en Sud-américa apoyando la Operación Cóndor, los gobiernos que han invisibilizado genocidios (Guatemala, Armenia, entre tantos otros), la censura se ha vuelto hacia los individuos en el micro poder vehiculado por la medicina y la religión frente a la 'diversidad' sexual.

La clínica psicoanalítica, como señalamos, ha navegado entre dos aguas. Cuando el grueso de los analistas europeos emigraron a los Estados Unidos de América durante o después de la segunda guerra mundial, (Anna Freud, Otto Rank, Karen Horney, Erich Fromm entre otros) se convirtió en 'adaptativa', en función del sueño americano, la Psicología del Yo, Terapia Familiar, la Teoría Gestalt, Análisis Transaccional, por ejemplo (Roudinesco, y Plon, 2000), el kleinismo, los independientes y el lacanismo en Europa permanecieron a salvo de esta influencia de normativización. Nuestra latitud latinoamericana en psicoanálisis ha recibido todas estas influencias, de manera que los inicios más apartados de estas nuevas ideologías adaptativas se recuperan aquí y allí sin constituir un cuerpo colegiado de pensamiento y creatividad. La sujeción a la letra de los padres (Freud, Klein y Lacan) si bien presenta un lado constructivo para no decolorar los propósitos fundamentales, abrazan una ortodoxia que les impide un pensamiento ontológico más amplio a la luz de los procesos históricos. Se entretiene de manera sutil en nuestros clínicos un aspecto moralizante, adaptativo y cómplice del sistema. En los divanes, mal que nos pese, se recurre a la castración simbólica como objetivo del análisis, siendo que la castración simbólica solo es un "objeto del análisis" y no un instrumento de la cura, como lo señaláramos anteriormente.

¿Por qué la pulsión epistemofílica de muchos psicoanalistas se reprime o se ve obturada por el convencimiento de que la imposición de la Ley del Padre es lo que constituye al humano en sujeto? ¿Por qué el afán de análisis que caracterizó a Freud y a Lacan, esa búsqueda incansable de todos los pliegues y repliegues de la subjetividad ha desaparecido? ¿Por qué la escucha no se refresca con los cambios evidentes que están sucediendo a nivel de la realidad que no forzosamente son sinónimo de patologías ¿Cómo y por qué no se abre la escucha a los procesos de las sexualidades que muestran un calidoscopio digno de ser analizado en su diversidad, creatividad y libertad en cuanto a subvertir el sistema sexo-género falocéntrico? Ciertas escuchas de los y las psicoanalistas más jóvenes se prestan a estos discursos emergentes, pero de modo privado, particular, singular, sin trascender en nuevas teorías o en publicaciones abiertamente explícitas en su posicionamiento anti patologizante de la diversidad sexual. El pensamiento de algunos, no permeabiliza al colectivo más reaccionario de los psicoanalistas, al menos en nuestro país. Los avances del Psicoanálisis y Género realizado por tres décadas gracias a las investigaciones de psicoanalistas argentinas (Burin, Meler, Fernández, Rosenberg, Giberti, Dio Bleichmer, Levinton, entre muchas otras) permanece en un coto cerrado no por decisión propia sino porque los núcleos 'ortodoxos' temen adentrarse en estos planteamientos y desde esa ignorancia

califican todos estos acercamientos como fruto de estudios ‘sociológicos’, por lo tanto ‘silvestres’ y fuera del psicoanálisis canónico. Resulta realmente contradictorio que aún estos núcleos ortodoxos no puedan reconocer que Freud y Lacan fueron los primeros en poner en evidencia el sistema sexo-género falocéntrico, fruto de muchos siglos de Patriarcado, es el que construye y legisla las subjetividades y las sexualidades. Resulta incomprensible que no se reconozca que si el sistema establecido por la Ley del Padre legisla la diferencia sexual, es, precisamente, por que la sexualidad es una diversidad que hay que domeñar. Resulta aún hoy incomprensible que no se acepte en las líneas canónicas psicoanalíticas el término ‘género, como núcleo de la identidad’ que fue, precisamente acuñado por un psicoanalista que trabajó con transexualismo.

Hoy, difícilmente el psicoanálisis institucional puede seguir resistiéndose a un pensamiento más amplio. ¿Acaso no son suficientes las reflexiones de Freud, especialmente de Lacan acerca del *sujeto sujetado* para plantear un ‘más allá’ del humano frente a las normativas del sistema sexo-género? ¿No es acaso esa gran entrada en el orden simbólico, en el lenguaje, en la pérdida, su resto, que instaura el recorrido por el desfiladero de la palabra y que hace de todos nosotros, iguales en lo común, la soledad singular? ¿No es ese *común* que persiste y persistirá más allá de la diversidad? (Alemán, 2012). Entonces, observando cómo la sexualidad humana se ha develado una vez libre de los mandatos reproductivos -asegurados éstos por las nuevas tecnologías- y se ha mostrado potente y diversa después de siglos de coacción, disimulos, castigos por ‘desviaciones’ a ese mandato, ¿cómo la disciplina, que por excelencia estudia la subjetivación humana, no abre un espacio para preguntarse acerca de otros parámetros, otros horizontes, otras claves de sexuación?

Si las fantasías y la actividad onírica de los individuos es infinita, calidoscópica, mostrando cómo conviven en el inconsciente los opuestos, cómo se resuelven las contradicciones, como el género está ausente y los varones devienen mujeres y viceversa, cómo todo es posible, volar, desear, amar, morir, matar, resucitar, poseer, gozar y sufrir, no se entiende que los sucesores de Freud se hayan preocupado más bien de clasificar y calificar las manifestaciones humanas en normales o patológicas, como si la diversidad los y las asustara, al mismo modo que el higienismo decimonónico encerraba tras las rejas, todo lo que parecía fuera de la norma. Hoy, las rejas son discursivas y, si como afirma Castoriadis, el psicoanálisis se convirtió en una institución más de lo simbólico, es posible que en ciertos divanes se juegue más a velar la multiplicidad de los deseos de los sujetos que a develarlos. Con apariencia de ‘no juzgar’ clasifica y califica, desde un supuesto saber de salud mental. ¿Cómo es posible tanta resistencia para ampliar el espectro que Freud nos dibujó tan promisorio con su teoría acerca de las pulsiones y de la construcción de la diferencia sexual según parámetros definidos por un sistema sexo-género histórico y material?

Insistimos en que tanto para la Psicología Clínica como para el Psicoanálisis teórico y práctico, la emergencia del calidoscopio de la sexualidad que ha existido siempre pero

se manifiesta precisamente cuando la ley del Padre está en decadencia (Tort, 2008) debe constituir un criterio de realidad para anteponerlo a tanta descalificación disimulada o explícita por parte de los profesionales de la salud mental. Si la psicología se llama 'dinámica' cuando anuncia la influencia del psicoanálisis, no puede permanecer 'estática' en cuanto a clasificaciones obsoletas y calificaciones de orden moral que solo son funcionales al sistema sexo-género patriarcal y capitalista. Los mandatos milenarios con respecto a la formación de la familia, al lugar de la 'feminidad normal' y 'masculinidad normal' vista solo como función reproductiva, la heterosexualidad obligatoria, deja fuera de esta 'normalidad' a miles de sujetos que abogan hoy por ser legítimamente reconocidos en sus deseos y prácticas.

Referencias

Alemán, J. (2012). Soledad: Común, Políticas de Lacan, Argentina: Ed. Capital Intelectual S.A.

Alizalde M. (2004). Relaciones lógicas y controversias entre género y psicoanálisis, en Alizalde M. y Lartigue, T, *Psicoanálisis y Relaciones de Género*”, Buenos Aires: Ed. Lumen.

Ayto, J. (1991). Dictionary of word origins, New York: Arcade Publishing.

Burín, M. y Meler, I. (2009). *Varones, género y subjetividad masculina*, Buenos Aires: Ed. Librería de Mujeres.

Derrida, J. (2001). Estados de Animo del Psicoanálisis, lo imposible más allá de la soberana crueldad, Buenos Aires: Paidós.

Di Segni, S. (2013). Sexualidades, tensiones entre la psiquiatría y los colectivos militantes, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Errázuriz, P. (2012). Misoginia Romántica, psicoanálisis y subjetividad femenina, Zaragoza: PUZ.

Fernández, A. (1994). La mujer de la Ilusión, Buenos Aires: Paidós.

- Freud, S.** (1905). Tres ensayos para una teoría sexual, en *Obras Completas*, (1981) Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S.** (1933). La Feminidad, en *Obras Completas*, (1981) Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S.** (1935). Carta a la madre de un joven homosexual (en redfilosoficadeluruguay.wordpress.com. 22-09-2013, recogido 01-04-2015).
- Giberti, E.** (2003). Transgénero, síntesis y apertura, en Maffía, D. *Sexualidades Migrantes, Género y Transgénero*, Buenos Aires: Ed. Feminaria.
- Hernández, M.** (2005). Atrapadas entre el deseo y la prohibición: tres casos de histeria hoy, en Lartigue T, y Ureta M, (Comp.) *Sexualidad y Género, una visión psicoanalítica*, Buenos Aires/México: Grupo Editorial Lumen.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.B.** (1971). Diccionario de Psicoanálisis, Barcelona: Ed. Labor.
- Roudinesco, E. et Plon, M.** (2000). Dictionnaire de la Psychanalyse, Paris: Librarie Arthème Fayard.
- Roudinesco, E.** (2003). La familia en desorden, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rosenberg, M.** (1996). Género y sujeto de la diferencia sexual. El fantasma del feminismo, en Burin, Mabel y Dio Bleichmar, Emilce (Comp.) *Género, Psicoanálisis y Subjetividad*, Buenos Aires: Paidós.
- Stoller, R.** (1998). Dolor y pasión, un psicoanalista explora el mundo sadomasoquista, Buenos Aires: Paidós.
- Tort, M.** (2008). Fin del dogma paterno, Buenos Aires: Paidós.